

Los años de plomo

MIKEL HERNÁNDEZ ABAITUA

hz.abaitua@gmail.com

Comencé escribiendo cuentos bastante oníricos en mi época universitaria, pero los años de terrorismo en el País Vasco pronto hicieron inevitable que acabara narrando la cruda realidad que me rodeaba. Ese es el tema de esta novela, *Ohe bat ozeanoaren erdian*, publicada en lengua vasca en el año 2001. Mis primeros textos sobre el conflicto vasco fueron escritos y editados en la década de los años ochenta del siglo XX. Todos ellos y los que se publicaron después son producto de un sufrimiento y un dolor inmensos. Dolor de las víctimas y dolor de los que presenciábamos con impotencia todo aquel horror.

Existe el peligro de que todas estas historias queden con el tiempo como una especie de ficción tan irreal como la literatura onírica que comencé a escribir en mis años más juveniles. Jamás podremos hacer sentir por medio de nuestras narraciones la terrorífica realidad de aquella época negra en toda su intensidad. Desde el mundo en el que estoy escribiendo ahora aquella realidad de hace muy pocos años parece casi de ficción. Es muy probable que las siguientes generaciones vean los años de plomo del conflicto vasco por medio de novelas, películas y series de televisión como simples aventuras inventadas. Jamás podrán comprender en su verdadera crudeza el horror que sufrimos y el dolor que sentimos. Y aun así hay que escribir sobre ello, dejar constancia de lo que ocurrió.

Empero, bastantes de aquellas historias reales se van a quedar sin ver la luz, van a desaparecer con sus protagonistas. Hay mucha gente que no quiere contar nada. Simplemente quieren olvidar, pasar página. O cuentan cosas anecdóticas no demasiado importantes. Sólo preguntarles resulta embarazoso. Claro que también está lo que nos ha tocado vivir de cerca a los que escribimos. Eso sí que lo conocemos, y lo podemos relatar de primera mano, como lo hacemos en esta novela.

Ahora hay demasiada gente que quiere contar el relato de los años de terrorismo desde su punto de vista como si ése fuera el único posible. No se trata de construir “el relato”, sino de contar todos los relatos de lo que pasó, lo que sólo se puede realizar intentando ser objetivo y reflejando las historias de las víctimas y los testigos de todos los bandos. Muchos políticos hablan de “ganar el relato”, lo que consiste en conseguir que la gente recuerde más unos asesinatos que otros. Pero debemos intentar contar la realidad entera, la verdad completa, no por equidistancia, sino por objetividad. “Equidistancia” era antes una palabra que no tenía sentido peyorativo, pero alguien la pervirtió con fines políticos. Todo aquel que acusa de equidistancia a un escritor, o a cualquier persona, está pidiendo que denuncie los asesinatos cometidos por el otro bando, pero que olvide los cometidos

por el suyo. Como si dijeran: mira toda la gente que mató ETA, pero no quiero que me recuerdes toda la que mataron los GAL¹ ni a los políticos que crearon el terrorismo de estado. O lo contrario: mira toda la gente que mataron los GAL, pero no me recuerdes toda la gente que mató ETA, sobre todo no me recuerdes los niños que mató en las casas cuartel. Claro que la realidad era más compleja: además de los GAL y ETA militar también estaban ETA político-militar, la Triple A, el Batallón Vasco Español, los Comandos Autónomos Anticapitalistas, GRAPO, FRAP, Terra Lliure...

Dijo Fernando Aramburu cuando se publicó su novela *Patria* que los escritores vascos que escribimos en euskera no somos libres de contar toda la verdad (por miedo, porque nuestra literatura estaba subvencionada por un gobierno nacionalista vasco, etcétera) y que nunca nos habíamos preocupado por las víctimas causadas por ETA, sólo por las del otro bando (generalizar es peligroso, es injusto y suele faltar a la verdad). El miedo al terrorismo de todos los colores lo recuerdo bien, pero si algunos escritores nunca se manifestaron contra ETA, no fue por miedo, que también, ni porque su literatura estuviera subvencionada por el Gobierno Vasco (afirmación muy errónea), sino porque estaban a favor de ese terrorismo como arma política para conseguir la independencia del País Vasco. Me temo que ahora algunos lo negarán y se enfadarán si se lo recuerdo.

Sin embargo, algunos pocos escritores vascos nos pronunciamos pronto en contra de todos los terrorismos, incluido el independentista. Por ejemplo, en mi primera novela, *Etorriko haiz nirekin? (¿Vendrás conmigo?, 1991)*, que se escribió durante los años de plomo, narré el sufrimiento de las víctimas de ETA desde su tragedia (un atentado contra una casa cuartel de la Guardia Civil, una carta bomba que recibe y le estalla a una persona “por error”, el asesinato de una exdirigente de ETA delante de su hijo de corta edad a manos de sus excompañeros terroristas...), porque era una manera de intentar mostrar a la gente que en la calle gritaba “ETA mátalos” el horror de la ignominia que estaban pidiendo. Y porque lo necesitaba escribir casi como una terapia. Pero eso no me impedía ver también el sufrimiento de los torturados por la policía, los asesinados por el terrorismo de estado o el padecimiento de los familiares de los presos de ETA («las madres de los etarras sufren mucho cuando les matan a sus hijos, pero sobre todo cuando sus hijos matan», escribió el gran escritor Gabriel Aresti).

Los peores años de plomo fueron los de la década de los 80 del siglo XX, como todo el mundo sabe, y en nuestros artículos literarios algunos nos preguntábamos por qué, con todo lo que había ocurrido y estaba ocurriendo, no se escribía literatura sobre esa realidad. Por ejemplo, recordemos que en el sangriento año de 1980 hubo más atentados que días (395, según algunas fuentes²), y sufrimos un promedio de más de dos asesinatos por semana, no todos de ETA por cierto (la extrema derecha mató a veintiocho personas). La

¹ Lo que durante muchos años resultó muy polémico de afirmar, ahora hasta la Wikipedia lo dice con toda naturalidad: «Los Grupos Antiterroristas de Liberación (GAL) fueron agrupaciones parapoliciales que practicaron terrorismo de Estado o “guerra sucia” contra la organización terrorista Euskadi Ta Askatasuna (ETA) y su entorno entre 1983 y 1987, a la orden de los dos primeros Gobiernos de Felipe González. Durante el proceso judicial contra esta organización fue probado que estaba financiada por altos funcionarios del Ministerio del Interior. Aunque combatían a ETA y “los intereses franceses en Europa”, a estos últimos por responsabilizar a Francia de “acoger y permitir actuar a los terroristas en su territorio impunemente”, también realizaron acciones indiscriminadas debido a las cuales fallecieron ciudadanos franceses sin adscripción política conocida». <https://es.wikipedia.org/wiki/Grupos_Antiterroristas_de_Liberaci%C3%B3n> (fecha de consulta: 21/02/2022).

² Por ejemplo: <https://cadenaser.com/emisora/2020/01/02/radio_bilbao/1577991438_607261.html> (fecha de consulta: 24/02/2022).

evolución de la literatura en euskera sobre el conflicto vasco fue comenzar por no escribir sobre el tema (si bien antes de la muerte del dictador era imposible publicar en el País Vasco español narraciones con la dictadura como victimaria, es verdad que se podía en el País Vasco francés sin ningún problema legal) o escribir sobre el mismo pero no publicarlo. Después se empezó a escribir literatura con alguna crítica solapada contra el terrorismo vasco (muy poca cosa), sin dejar de ver como victimario principal al estado español. Y por fin comenzaron a aparecer abiertas críticas contra el terrorismo vasco (bastante minoritarias), sin dejar de ver también al estado español como victimario, y ocupándose por fin del dolor de las víctimas provocadas por la actividad violenta de ETA (y por supuesto, presentando a sus militantes como victimarios). Pero esto último no ha sido todavía suficientemente reflejado en la literatura vasca (en este texto estamos hablando de la escrita en euskera principalmente, aunque no hay que olvidar que existe una excelente literatura vasca escrita en castellano).

Yo mismo me preguntaba por qué no escribir del tema, cuando nuestra misma familia había sido víctima del terrorismo (ETA político-militar secuestró en 1979 al hermano de nuestra madre, Luis de Abaitua, por ser el director de la factoría Michelin de Vitoria; uno de los componentes del comando secuestrador fue Arnaldo Otegi³, junto con un gran amigo de mi infancia, entre otros). Personalmente, al principio pensé que no era un buen tema literario. Y que era demasiado cercano para que surgiera de ahí buena literatura. O que era una forma de literatura comprometida, muy mal vista para no pocos escritores de entonces. También podía ser por miedo, pero no a ETA al principio, sino al estado español, a su policía y sus jueces, que seguían siendo casi los mismos del franquismo. Teníamos el ejemplo de la segunda novela de Ramón Saizarbitoria, *100 metro (100 metros)*, 1976), la primera que se editó sobre el conflicto vasco, que había sido secuestrada por orden judicial y su autor acusado de separatismo (no de ninguna manera por apología de terrorismo); tuvo que ir a juicio por ello, y eso que el dictador ya había muerto. Ese era el miedo que podían tener los escritores vascos entonces, ya que a nadie se le ocurría escribir en euskera desde el punto de vista de los asesinados y heridos por las bandas terroristas de izquierdas. Y en caso de hacerlo sobre la violencia de estado, se corría el riesgo de seguir la suerte de Saizarbitoria. En su novela las víctimas eran los pobres combatientes vascos matados a tiros por la policía, los pobres alumnos vascos adoctrinados por frailes católicos franquistas, los pobres ciudadanos vascos torturados por error, etcétera. En el libro había una crítica subliminal contra la violencia terrorista antifranquista (la novela se acabó de escribir antes de la muerte del dictador y no se pudo publicar hasta su desaparición), pero era tan sutil que casi nadie la percibió⁴. Y la crítica no era de carácter ético, sino pragmático: aquella era una lucha inútil en la que David no podía vencer a Goliat. La historia le dio la razón, por supuesto. Se presentó al concurso literario Mugalde del País Vasco francés y ganó sólo el segundo premio, quedando el primero desierto. Hoy en día tiene un lugar muy importante en la Historia de la Literatura Vasca, ya que fue una de las primeras novelas modernistas en euskera (en el sentido en que utilizan el término los anglosajones).

³ Actualmente, político dirigente de la izquierda independentista vasca y exmilitante de los grupos terroristas ETA militar y ETA político-militar.

⁴ Es algo que me quedó muy claro cuando hice mi tesis doctoral sobre la primera etapa de la novelística de Saizarbitoria (*Ramon Saizarbitoriaren lehen nobelagintza*, Euskal Herriko Unibertsitateko Argitalpen Zerbitzua, Bilbo, 2008). Más de uno ha escrito que es la novela peor entendida de nuestra literatura, el escritor y profesor universitario Jon Juaristi por ejemplo.

De esa época es el relato largo “Nota urdinak” (que significa “notas azules” o, mejor, “blue notes”) de mi primer libro de cuentos, *Panpinen erreinua* (*El reinado de los muñecos*, 1983), que trata del terrorismo de estado, la guerra sucia contra el nacionalismo vasco de extrema izquierda en los primeros años de democracia tras la muerte del dictador, antes de los GAL. Para escribirlo me basé en acciones de grupos españoles de extrema derecha como el Batallón Vasco Español y la Triple A⁵. Sobre esa *nouvelle* Mario Onaindia me comentó en cierta ocasión que yo había utilizado los idiomas de forma maniquea, los buenos hablaban en euskera y los malos, en castellano. No lo entendió bien al parecer, ya que el asesino del relato, activista de extrema derecha o elemento parapolicial (algo que no se decía en la narración y que había que deducir de la polifonía textual), se expresaba en euskera. Precisamente ese mismo año se publicó su novela *Grand Placen aurkituko gara* (*Nos encontraremos en Grand Place*, 1983), cuyo protagonista era un alter ego del propio Mario Onaindia, donde se hablaba de su militancia en ETA, su paso por la cárcel y su liberación, después de la muerte del dictador, por el procedimiento del extrañamiento. Era una novela de autoficción, aunque en aquella época no se utilizaba ese apelativo. En ella el héroe militante de ETA protagonista de la novela nunca aparece como victimario sino como víctima de la dictadura (incluso dice que nunca mató a nadie y que prefiere dejarse matar antes de asesinar a alguien). Cuenta las torturas que padece, pero no los atentados que sufren las víctimas de la banda en la que milita (como mucho, un terrorista mata a un policía en defensa propia). Los terroristas vascos eran considerados en el País Vasco de entonces, por una gran parte de la población (e incluso en el de ahora, minoritariamente), como héroes antifascistas, simplemente. También en el mundo, sobre todo en Europa. Recordemos que el que fuera primer ministro de Suecia por dos veces, el socialdemócrata Olof Palme, también asesinado en los tristes años 80 del siglo XX, hizo pública campaña contra la pena capital que la dictadura franquista impuso a militantes de ETA tanto durante el proceso de Burgos en que fueron condenados a muerte Mario Onaindia y otros, como en el caso de los últimos fusilados de la dictadura. No fue el único. El primero que nos viene a la mente es el filósofo Jean-Paul Sartre. Por cierto, tomo entre mis manos esa novela de Mario Onaindia para releerla y me doy cuenta de que la portada es de Joseba Pagazaurtundua, asesinado por ETA años después. Militó como Onaindia en ETA político-militar durante la dictadura, y acabó siendo amenazado y luego asesinado por ETA militar. Como policía municipal tuvo un trabajo relevante en la detención de terroristas tanto de extrema izquierda como de extrema derecha (por sorprendente que pueda parecer para un sargento de una policía municipal de pueblo).

La siguiente novela sobre el tema la escribió Txillardegi (José Luis Álvarez Emparanza), uno de los históricos fundadores de ETA. Se publicó en 1988 y llevaba por título *Exkixu*, sobrenombre del héroe protagonista que contaba sus experiencias en primera persona al final de la dictadura franquista. En esta narración los militantes de ETA se ven como víctimas del estado dictatorial victimario, que tortura y mata. El sufrimiento de las víctimas del terrorismo no se contempla. Como mucho, los etarras oyen en la radio que la organización armada en la que militan ha matado al almirante Carrero Blanco (a la sazón presidente de gobierno de la dictadura franquista), pero ellos no asesinan nunca a nadie. Durante unos cuantos años esa novela formó parte del programa curricular de

⁵ Esos que en la Wikipedia son descritos como “grupos españoles terroristas parapoliciales”, cosa que casi todo el mundo daba como cierta por aquel entonces en el País Vasco sin necesidad de investigar nada. <https://es.wikipedia.org/wiki/Batall%C3%B3n_Vasco_Espa%C3%B1ol> (fecha de consulta: 25/02/2022).

la asignatura de Lengua y Literatura Vasca en no pocos centros de Bachillerato. Incluso existió un grupo vizcaíno de rock con ese nombre.

La última novela sobre el conflicto vasco publicada antes de la década de los 90 del siglo XX fue *Mugetan (En las fronteras, 1989)*, del periodista Hasier Etxeberria (conocido locutor de radio y presentador de televisión). Narración algo autobiográfica al parecer. Cuenta la historia de un periodista vasco torturado a manos de la policía española “por error”. Paradojas de la vida, años después Hasier Etxeberria sufrió duras críticas desde la izquierda *abertzale*⁶ por su posicionamiento público en contra de ETA. Le llamaron traidor por ejercer su derecho a la libertad de opinión.

Resumiendo, durante bastante tiempo no se publicó en la literatura en euskera sobre el conflicto vasco y sus víctimas casi nada. Las causadas por ETA ni siquiera se consideraban dignas de ser ficcionadas como algo censurable, a pesar de que la década de los 80 del siglo XX fue, como ya hemos recordado antes, la más sanguinaria de esa banda terrorista. Antes de la década de los 90 hay muy poca narración en euskera (y lo mismo se puede decir de la literatura en castellano) que tenga como tema el conflicto vasco, y siempre, además, presentando como víctimas a los terroristas de ETA o a ciudadanos vascos sin actividad política alguna y “por error” (incluida la *nouvelle* de mi primer libro de relatos que ya he citado). Fue entonces cuando escribí el artículo «ETAre kontra, negoziaketaren alde» («En contra de ETA, a favor de la negociación»)⁷ publicado en diciembre de 1990. Vio la luz en el periódico *Euskaldunon Egunkaria*, escrito íntegramente en euskera, que se había empezado a publicar sólo 17 días antes, y cuyo director era conocido mío de las asambleas huelguísticas del campus donostiarra de la universidad de Deusto⁸. Pensé que no lo publicarían, pero lo hicieron. Me contestó muy duramente, veintiún días después, un tal J. L. Azkue (nadie ha sabido nunca decirme quién era, jamás volví a tener noticias de tal persona) con un artículo cuyo título era «Mikel Hernández Abaituaren kontra, negoziaketaren alde»⁹ («En contra de Mikel Hernández Abaitua, a favor de la negociación») justo el día de mi cumpleaños, qué casualidad, un 16 de enero de 1991. Bonito regalo. Desde la actual coyuntura histórica es difícil comprender lo arriesgado que era en los años de plomo que alguien publicara un artículo en contra de ETA (y en euskera para colmo), y que le contestaran con otro artículo de título tan rotundo contra su autor. En él se decía, entre otras cosas, que «los artículos con apariencia de objetividad son los más peligrosos e intoxicadores». Así que, al parecer, yo era peligroso e intoxicador para la izquierda *abertzale*. Contesté con otro artículo. El director del periódico me pidió entrevistarse conmigo, me dijo que lo publicarían si aceptaba que me volviesen a contestar sin volver a hacerlo yo. Escogí el mal menor a pesar de la censura. En su segundo artículo el tal J. L. Azkue me contestaba con mayor dureza que en el anterior, aprovechando que sabía que yo no podría volverle a replicar. Aun así, era mucho más de lo que cualquier medio cercano a la izquierda *abertzale* habría publicado en aquella época. Un amigo mío, conocido editor

⁶ Izquierda independentista vasca.

⁷ Hernández Abaitua, M., *Euskaldunon Egunkaria*, 26-XII-1990, p. 3. Yo pensaba, tan erróneamente como los gobiernos españoles de derechas y de izquierdas que lo intentaron, que algún tipo de negociación sería inevitable para lograr la desaparición de ETA.

⁸ El mismo que años después fue detenido y torturado junto con otros componentes del rotativo. Pasaron bastante tiempo en la cárcel hasta ser llevados a juicio, tras el cual fueron absueltos de todos los cargos. En vísperas de la sentencia (el 6 de febrero de 2010) el diario *El País* publicó (sólo en la edición vasca al parecer) una carta al director en la que yo manifestaba mi convicción de su inocencia (como así fue). Eran los tiempos en que muchos políticos, policías y jueces funcionaban con la hipótesis de que “todo era ETA”.

⁹ Azkue, J.L., *Euskaldunon Egunkaria*, 16/01/1991, p. 3.

y crítico literario, me dijo en más de una ocasión que temía que algún día me dieran una paliza en la calle. No sólo por aquel artículo, sino también por otros que llegaron después, así como por el tema y punto de vista de mis novelas.

Pocos meses después de la publicación de esos artículos, en junio de 1991, vio la luz mi susodicha primera novela, en la que narraba tanto el sufrimiento de las víctimas causadas por ETA (por primera vez en la literatura vasca) como el de las víctimas de la policía, la Guardia Civil y el terrorismo de estado. De esta novela dijo el escritor Iban Zaldúa: «a Hernández Abaitua le corresponde el mérito de haber escrito una de las primeras novelas que criticaba de manera rotunda el terrorismo de ETA (“aunque también el de la policía y el Estado en general”, añade en otro lugar¹⁰), (...) lo que le trajo no pocos problemas en su día –su editor puede dar cuenta de los anónimos que recibió durante mucho tiempo, a consecuencia de la publicación de aquel libro–»¹¹. Varios conocidos míos recibieron anónimos en los que se me difamaba y se decía que yo los difamaba a ellos. Algunos me lo contaron, el editor de la novela y la asociación de escritores vascos Euskal Idazleen Elkartea, por ejemplo, así como Hasier Etxeberria, a la sazón presentador del único programa televisivo de literatura en euskera, quien me llamó para preguntarme si lo que se decía en el anónimo era verdad (la duda ofende, le respondí). Yo me pregunto si hubo más anónimos contra mí de los que entonces tuve noticia. También Idoia Estornés Zubizarreta citó este libro en un artículo de *El País*: «Respecto al tema “víctimas de ETA” Raúl Guerra Garrido llevaba más de diez [años] en el filón, casi en solitario: a *Lectura insólita de El Capital* (1978) le sucedieron *La costumbre de morir* (1981) y *La carta* (1990). Salvo Guerra, tanto la literatura en euskera como en castellano “sobrevuelan” el tema. Guerra fue un adelantado, como lo fue Mikel Hernández Abaitua con *Etorriko haiz nirekin?; Vindrás conmigo?* (1991, 2010) y *Ahotsak* (1996). O Roberto Herrero (*Los abrazos perdidos*, 1996), teatro»¹². Creo que no fui del todo consciente de tan triste mérito hasta que Ramón Saizarbitoria me lo comentó haciendo autocritica durante un paseo donostiarra por las orillas del río Urumea. Me dijo con pesar que a él le había costado más tiempo llegar a ese punto. Sin embargo, en los años siguientes se manifestó a menudo y muy claramente en contra del terrorismo. También recuerdo la cara de sorpresa de Bernardo Atxaga tras una conferencia en San Sebastián en 1990, de camino al restaurante donde íbamos a cenar con varios escritores, cuando le dije que estaba escribiendo una novela en la que narraba el conflicto vasco desde el punto de vista de todas las víctimas. Atxaga hasta entonces nunca había publicado narración alguna que hablara del conflicto vasco. Por aquella época ya había comenzado a recibir críticas a ese respecto, pidiéndosele que narrara menos de su arcaico mundo de realismo fantástico y se decidiera también a escribir del contemporáneo realista, cosa que llevó a cabo con su novela *Gizona bere bakardadean* (*El hombre solo*, 1993), en la que los protagonistas eran exmilitantes y militantes de ETA, o sea, de nuevo los victimarios que parecían más bien víctimas. La novela llevaba implícita una cierta condena contra el terrorismo, dentro de una crítica más general contra los

¹⁰ Zaldúa, I., «Un paseo por la zona negativa (I)», *Contexto y Acción*, 18 de octubre de 2017. <https://ctxt.es/es/20171018/Culturas/15706/literatura-euskera-ETA-La-Cosa-Iban-Zaldua-ctxt.htm> (fecha de consulta 05/02/2022).

¹¹ Zaldúa, I., *Ese idioma raro y poderoso*, Lengua de trapo, Madrid, 2012, p. 75. Fue premio Euskadi de ensayo en 2013.

¹² Estornés Zubizarreta, I., «Memoria de violencia», *El País*, 26 de abril de 2013. https://elpais.com/cultura/2013/04/26/actualidad/1366978361_705432.html (fecha de consulta: 23/05/2021).

errores de la izquierda política más radical. En años sucesivos Bernardo Atxaga se reiteró en las críticas contra el terrorismo, como todo el mundo sabe.

Por supuesto que denunciar públicamente la violencia conllevaba ponerse a mucha gente en contra. A mí bastantes conocidos me dieron la espalda. Pero no la editorial Elkar ni su editor Xabier Mendiguren, que publicaron esa primera novela mía¹³. En el ámbito de la cultura vasca el que más rechazo sufrió por parte de la izquierda *abertzale* fue sin duda el cantante Imanol Larzabal tras su condena del asesinato de una antigua dirigente de ETA, Yoyes (María Dolores González Catarain)¹⁴, a manos de sus excompañeros (Imanol fue otro más de los que comenzó militando en ETA durante el franquismo y acabó enfrentándose a la banda armada en la democracia, lo que acabó con su carrera musical).

Esa primera novela mía sobre el conflicto vasco que se escribió durante los años de plomo se publicó quince años antes de *Los peces de la amargura* de Fernando Aramburu y veinticinco antes de *Patria* (incluso cinco años antes de su primera novela, *Fuegos con limón*, cuyo tema no es el conflicto vasco en absoluto). Por tanto, como ya he dicho antes, fue totalmente injusto que dijera que los escritores vascos nunca habíamos escrito desde el dolor de las víctimas causadas por ETA. Resulta que Fernando Aramburu vive en Alemania, no sabe euskera y cree que no existe lo que ignora. No se puede generalizar así sobre algo que no se conoce más que por las traducciones de un par de libros. Y se lo dije en un mensaje de chat aprovechando las facilidades de Internet, donde además de subrayarle su error le traduje un capítulo de mi citada novela en el que se narra un atentado de ETA. Resulta que él se fue de aquí, pero nosotros nos quedamos y sufrimos mucho más de cerca todo ese horror. El terror entero. Algunos nos manifestamos en las calles y escribimos en euskera contra la violencia. «Sólo quería salir de aquí. A donde fuese. Y por azar fue Alemania»¹⁵, declaró Fernando Aramburu en una de las entrevistas sobre su novela *Patria*. Su literatura pasó por todos los años de plomo con un silencio cómodo respecto al terrorismo. Pero también le dije que en su narración había muchas cosas que me habían gustado, a pesar de los clichés y los arquetipos. Además de preocuparse por el dolor de las víctimas, más por las de un bando que por las del otro, creo que refleja muy bien el miedo que tenía una amplia parte de la ciudadanía vasca al terrorismo independentista. Y es que, al contrario de lo que ocurrió durante la dictadura franquista, la mayoría del pueblo vasco temía ya mucho más a ETA que a las policías españolas (y vascas). Fernando Aramburu me respondió con gran amabilidad. Él y yo nacimos el mismo año, y coincidimos en el campus donostiarra de la Universidad de Deusto, antes de que se fuera a Zaragoza a proseguir su carrera universitaria. Él estudiaba Filología Hispánica y yo Filología Vasca. Él fundó con unos amigos la revista literaria *Cloc*, y mis amigos y yo otra de nombre *Susa* (uno de cuyos colaboradores más asiduos fue Mikel Antza -años después máximo dirigente de ETA en la clandestinidad durante 12 años-, pseudónimo literario de Mikel Albisu, que en un principio no era un alias terrorista como decidió la policía en su momento). Ellos publicaban en castellano y se daban a conocer en la prensa

¹³ Quedó finalista en el concurso literario Resurrección María de Azkue de la Real Academia de la Lengua Vasca (Euskaltzaindia) en 1990. El primer premio se lo llevó *Afrikako semea* (*El hijo de África*), que se publicó luego en una colección de literatura juvenil de la editorial Elkar (no sé si de esto último se puede sacar algún corolario).

¹⁴ Esta famosa dirigente de ETA durante la dictadura franquista fue la primera mujer que ocupó un cargo importante en la cúpula de esa banda armada.

¹⁵ Lucas, A., *El Mundo*, «No he escrito *Patria* para servir a ningún partido», 30 de abril de 2017. <https://www.elmundo.es/cultura/literatura/2017/04/30/590632de268e3e264f8b45ea.html> (fecha de consulta: 06/02/2022).

local. Nosotros escribíamos en euskera y éramos más tímidos e invisibles (por escribir en un idioma muy minoritario, principalmente, y porque había muy poca prensa en lengua vasca). Por eso puedo decir que yo le conocí en la universidad pero él a mí no, a pesar de que una vez incluso aparecimos en la misma antología¹⁶, junto a los escritores Jon Juaristi, Álvaro Bermejo, Francisco Javier Irazoqui, Miguel Sánchez-Ostiz y otros. Antes de eso, Fernando Aramburu comenzó a escribir en la revista *Kantil* de Raúl Guerra Garrido y amigos. Recuerdo la presentación que hicieron en nuestra universidad, sentados todos tras una larga mesa, en la pequeña sala de la parte alta del paraninfo. Dijeron que aquel joven escritor había estado dejándoles textos literarios en su buzón firmados como “El diablo”, y lo habían acabado incorporando a su revista. Era entonces un chico muy delgado, de greñas largas, barba y aspecto ácrata, muy diferente al actual. Yo les pregunté si tenían cabida en su revista «los textos literarios escritos en euskera, al editarse en una zona bilingüe de un país trilingüe» (nunca hay que olvidar que una parte del País Vasco está en Francia, algo que muchos soslayan), y dijeron que sí, como luego se demostró en la praxis. Fernando Aramburu era en aquella época un poeta vanguardista, cuyos poemas me gustaban mucho. Para mí era claro que tenía un gran talento (y humor, en aquella época firmaba a veces como Aramburucópulos). Jamás escribió entonces nada en contra de ningún tipo de terrorismo. Cuando tres lustros después publicó su primera novela, con casi cuarenta años, me sorprendió mucho, pensaba que era un poeta nato y que escribir narrativa no le interesaba. El tema de la violencia terrorista y las víctimas de ETA no lo abordó hasta bastante más tarde, con el libro de relatos que hemos citado antes, que se publicó cuando él tenía cuarenta y siete años. O sea, que se pasó media vida sin abordar el tema de las víctimas causadas por ETA, el cual aparece en su literatura personal quince años más tarde que en la literatura vasca en euskera.

Esta segunda novela mía que el lector tiene ante sus ojos narra la historia de un profesor universitario amenazado por ETA (amigo del profesor universitario de mi primera novela), que huye del País Vasco para trabajar en una universidad italiana. Algunos fragmentos de esta obra se publicaron inicialmente, a modo de relatos, en el librito *Ahotsak* (*Voces*, 1996). El editor y escritor Mikel Soto (de la editorial Txalaparta, muy cercana a la izquierda *abertzale*) me pidió permiso para publicar el que narra un episodio de *kale borroka* (“lucha callejera”) como parte de una antología sobre el conflicto vasco, precisamente por ser, según me dijo, la primera narración en euskera sobre el tema, hecho del cual no me había percatado hasta entonces¹⁷. Decliné la invitación diciéndole que no me apetecía que nada mío se publicara en una editorial que había editado libros de militantes de ETA. Poco después me enteré de que unos años antes Mikel Soto había sido torturado a manos de la Guardia Civil “por error” (fue puesto en libertad sin cargos).

Otro de los pasajes de esta segunda novela mía (y que también se editó en el librito *Ahotsak*) está muy basado en el asesinato a manos de ETA (también “por error”) de una alumna del instituto de bachillerato en el que yo trabajaba entonces¹⁸, hija de un policía nacional, y que tenía una hermana gemela (como en la narración), que sobrevivió al

¹⁶ Maraña, Felix y Landa, Josu, *Anales de Trotromrotro*, Haranburu Editor S. A., San Sebastián, 1981.

¹⁷ Algunos años más tarde Iban Zaldua escribió sobre *Ahotsak*: «seguramente el primer libro que trató de la *kale borroka* -y sin ninguna complacencia, por cierto-» (en *Ese idioma raro y poderoso*, Ediciones Lengua de trapo, Madrid, 2012, pág. 75, premio Euskadi de ensayo). *Ahotsak* figura en esta obra entre los veintitrés libros de la literatura vasca actual que él recomendaría leer (concretamente, entre los no traducidos al castellano) además de los de Bernardo Atxaga.

¹⁸ Fui durante treinta y seis años profesor catedrático de Bachillerato de Lengua y Literatura Vasca.

atentado. Sus hermanos y su padre se libraron por muy poco de morir con ella. El relato tiene una segunda parte en la que el protagonista es un terrorista (luego arrepentido) que pone la bomba que mata a la hija del policía. Además de las razones de su arrepentimiento, en esta segunda parte del relato se narran las torturas que sufrió y la muerte de su compañero de comando a manos de la policía española. Lo presenté, traducido al castellano (para ver hasta dónde llegaba yo en este idioma en el que se presentaban muchos más cuentos que en euskera), al premio *Imagínate Euskadi* del Banco Hispano Americano en 1993. Logró un accesit. El primer premio fue declarado desierto. Raúl Guerra Garrido formaba parte del jurado. Tal vez el relato les pareció equidistante, aunque no lo era. Simplemente intentaba hablar de toda la realidad en su conjunto.

Otro de los capítulos del opúsculo *Ahotsak* que acabó integrándose en esta novela mía es una carta ficticia en la que el protagonista expresa a un amigo suyo, importante dirigente de ETA, su oposición a la violencia terrorista. Era como mi alter ego escribiendo a Mikel Albisu. La hermana de Mikel había sido condiscípula mía en la universidad y toda su familia era amiga de la familia de mi mujer (hay fotos de la infancia en que ella está con Mikel jugando en el suelo). Quiero decir con esto que realmente habíamos tenido una relación muy cercana, muy familiar. Por ejemplo, en cierta ocasión mi pareja y yo dormimos en la casa de estudiantes de Mikel en Bilbao, y él y su novia (hermana de la mía) habían dormido en las camas de mis padres una vez que aparecieron por Elgoibar porque alguien les había dicho que las fiestas de este pueblo eran magníficas (mis padres nunca se enteraron, claro, les habría dado un patatús saber que un futuro dirigente de ETA había pasado la noche allí). También dormí una vez en la buhardilla que Mikel tenía alquilada en la plaza de Guipúzcoa de San Sebastián con otros amigos, porque había ido a que me diera un premio literario que había recogido en mi lugar (sin pedírselo yo). Le encantaba oírme tocar la guitarra y cantar, y en aquella ocasión también me pidió que lo hiciera. Era un apasionado de la música, además de la literatura. Desde muy joven escribía muy bien. Su primer libro de relatos me gustó mucho. También era muy bueno en guiñol y teatro. Como ya he dicho más arriba, había sido asiduo colaborador de la revista *Susa* que creamos en los años universitarios y que luego dio lugar a una editorial que actualmente es una de las más importantes del País Vasco. Me lo encontré por casualidad en el bulevar donostiarra justo en vísperas de su acción más famosa: sacar de la cárcel de Martutene al escritor Joseba Sarrionandia y otro compañero (los dos de ETA militar) escondidos en los altavoces del cantante Imanol Larzabal, con ocasión de un concierto suyo en dicha prisión. Estuvimos charlando con la tranquilidad y simpatía habituales. Por todo lo dicho, no es de extrañar que me llevara una de las mayores sorpresas de mi vida cuando poco después me enteré de la fuga de la cárcel que Mikel planeó y llevó a cabo. Nunca había hablado de política con él, siempre de cultura (realmente pensaba que era apolítico). El padre de Mikel, Rafael Albisu, fue uno de los fundadores de ETA a finales de los años 50 del siglo XX junto con Txillardegui (José Luis Álvarez Emparanza), Iñaki Larramendi (tío de mi mujer) y otros, todos estudiantes de ingeniería y peritaje industrial en Bilbao. Al parecer ETA intentó hacer descarrilar un tren de falangistas que iban a San Sebastián a celebrar una reunión de excombatientes de la guerra civil. El atentado falló, pero detuvieron a unas cien personas (dicen los libros de historia), entre ellos a Iñaki Larramendi y Rafael Albisu. Txillardegui huyó a tiempo. Me imagino que a Mikel, de niño, le tocaría ir a ver a su padre a la cárcel franquista más de una vez.

Después de morir el dictador Franco, Txillardegui volvió del exilio en el que estaba desde el intento del descarrilamiento, y fue profesor mío de Fonética y Fonología Vasca en el campus donostiarra de la Universidad de Deusto. Recuerdo cómo nos contó en

plena clase que fue el creador del nombre de ETA, Euskadi Ta Askatasuna, (País Vasco y Libertad), y que al principio sólo eran un grupo intelectual para dar conferencias sobre la cultura vasca, de nombre Ekin (“acometer”). Yo le escuchaba estupefacto. Pocos años después, en 1989, estuvo en la cena en la que la extrema derecha mató en Madrid al parlamentario electo de la izquierda *abertzale* Josu Muguruza. Al principio este movimiento político se oponía a ir al parlamento y senado españoles. Josu Muguruza les convenció de que debían acudir, y por eso estaban cenando en Madrid varios cargos electos en vísperas de la toma de posesión de sus escaños. En el restaurante Basque concretamente. Dos encapuchados de extrema derecha entraron, mataron a Josu Muguruza e hirieron a algunos de los presentes, como el abogado Iñaki Esnaola, vecino mío del donostiarra barrio de Gros, que al parecer era el verdadero y único objetivo de los terroristas. Txillardegui salió ileso.

Para aquella época, el padre de Mikel Albisu, otrora compañero de batallas de Txillardegui y demás, vivía ya muy alejado de la actividad política. Es probable que pensara que su hijo también. Tal vez se sorprendió tanto como yo de la acción que planificó y llevó a cabo para sacar de la cárcel a Joseba Sarrionandia. A éste nunca lo conocí personalmente, pero en 1984, cuando él estaba en una cárcel andaluza, me llegó, por medio de un compañero de la UNED de Bergara, donde trabajaba yo a la sazón dando clases de Teoría Literaria (igual que Sarrionandia unos años antes de Fonología Vasca), un manuscrito suyo (que se acabó publicando con el título de *Ni ez naiz hemengoa, Yo no soy de aquí*, 1985) para que le diera mi opinión. Me sorprendió mucho, ya que, como he dicho, yo no lo conocía personalmente (aunque me dijo que ya había leído mi primer libro y le había gustado), pero sí un primo mío, condiscípulo suyo en la Universidad de Deusto. Muchos años después, tras la desaparición de ETA, una prima de mi mujer, hija de Iñaki Larramendi, que visitó a Sarrionandia en Cuba, me transmitió un mensaje oral para mi primo en el que decía que sintió mucho lo del secuestro de su padre. También esto me sorprendió, porque a nuestro tío Luis de Abaitua lo secuestró ETA político-militar (banda terrorista que se disolvió muchos años antes que ETA militar, en 1982) y Sarrionandia había militado en ETA militar (tal vez sólo un vasco que haya vivido los años de plomo entenderá lo que quiero decir, pero no voy a extenderme aquí). ETA político-militar asesinó, un año después del secuestro de nuestro tío, a su mejor amigo y colaborador en la fábrica Michelin de Vitoria, el guipuzcoano Luis Hergueta¹⁹.

Menos de dos meses después de mi susodicho artículo contra ETA me llegó una carta con un remite falso del País Vasco francés, pero con matasellos de San Sebastián (en la dirección ponía Spain, como si estuviera enviada desde el extranjero). Era de Mikel

¹⁹ Cuando Josu Ternera (José Antonio Urrutikoetxea) en un juicio en Francia leyó un texto en el que declaró que no mató a Hergueta, porque él era de ETA militar, y el atentado fue reivindicado por ETA político-militar, dijo seguramente la verdad. Además, Josu Ternera recordó al juez que en el sumario del caso un informe policial adjudica el asesinato a ETA político-militar. Efectivamente, es lo más verosímil, y también tristemente siniestro, que esta última banda armada secuestrara a mi tío Luis de Abaitua en 1979 y al año siguiente asesinara a su compañero Luis Hergueta, como una manera, según ellos, de luchar a favor de los trabajadores. ETA militar, de hecho, actuaba más pensando en la independencia del País Vasco, por mucho que hiciera referencia a la lucha de clases sociales, que en defensa del proletariado, y ETA político-militar, justo lo contrario. Cuando mi tío Luis de Abaitua recibió la noticia del asesinato de su amigo en la factoría de Brasil adonde lo envió la multinacional, tuvo la certeza de que el muerto podía haber sido él. Eso y el asesinato de su amigo fueron algunas de las causas que aceleraron su muerte [cf. López-Fonseca, Ó., «Josu Ternera niega las acusaciones en su primera cita con la justicia española tras su arresto en Francia», *El País*, 17 de febrero de 2021. <https://elpais.com/espana/2021-02-17/ternera-niega-las-acusaciones-en-su-primera-cita-con-la-justicia-espanola-tras-su-arresto-en-francia.html> (fecha de consulta: 20/02/2022).

Albisu, que me escribía desde la clandestinidad. El matasellos llevaba fecha de febrero de 1991 (dos meses después de mi primer artículo contra ETA). Había sido escrita en un ordenador, como fácilmente se evidenciaba por el tipo de letra y la mala calidad de las impresoras rudimentarias de entonces. En la carta me pedía que no divulgara lo que decía, y ahora que ETA ha desaparecido y él está en la calle tras cumplir en prisión una larga condena, tampoco voy a entrar en detalles. Me hablaba de literatura y de un poema que le había dedicado yo seis años antes. Y contestaba a mis artículos contra ETA rebatiendo mis ideas una por una. Se despedía como “tu amigo M. (...) con todos los respetos, reverencias y saludos necesarios, y con un terrible dolor de espalda”. En la postdata me decía que “esperaba sin duda mis obras literarias con la misma pasión que tal vez esperaba yo las tuyas”. Muy pocos años después, un viejo amigo de los tiempos universitarios me dijo que Mikel Albisu le había encargado que me pidiera que tramitara mi pasaporte y se lo diera. El amigo común añadió que no entendía por qué me lo pedía a mí, que le sorprendía mucho. Por supuesto, no dudé mentalmente ni un segundo en rechazar tal petición, aunque nunca respondí.

Puedo contar más trágicos sucesos que me han tocado de cerca. Y son muy numerosos los vascos que por desgracia pueden decir lo mismo, no soy ningún caso raro. Por ejemplo, al año siguiente del secuestro de nuestro tío Luis de Abaitua, y en el mismo pueblo de Elgoibar donde todavía tenía su residencia mi familia, los Comandos Autónomos Anticapitalistas mataron a Jaime Arrese, tío de un profesor que durante muchos años fue compañero mío de instituto, exalcalde franquista de esa localidad, y que fue el que puso la *ikurriña* (bandera vasca) en el balcón del ayuntamiento por primera vez desde la guerra civil. Era a la sazón militante de la UCD. Sus hijos eran alumnos de la misma ikastola en la que estudiaba una de mis hermanas.

Después siguieron acaeciéndome a mí alrededor más cosas terribles. Por ejemplo, un cuñado mío recibió un balazo de algún elemento incontrolado (“parapolicial” dijo la prensa de la izquierda *abertzale*) en las fiestas de un popular barrio donostiarra. Le atravesó un muslo, con la suerte de no dañarle ninguna parte vital. Y más. Ya he hablado antes del asesinato de la hija de un policía nacional, alumna del instituto de Bachillerato donde yo trabajaba. En ese mismo centro educativo tuve dos alumnos cuyo padre, militante de los Comandos Autónomos Anticapitalistas, fue asesinado por el Batallón Vasco Español, de extrema derecha, en el País Vasco francés. Uno de los hijos jamás conoció a su padre, porque todavía estaba en el vientre de la madre cuando el atentado sucedió. Los dos hijos acabaron en la cárcel por actividades terroristas. En el momento de escribir estas líneas hay otro exalumno mío de ese mismo instituto cumpliendo condena por el asesinato de un *ertzaina* (policía vasco). Hace años, cuando su padre me veía por la calle, siempre me preguntaba si creía yo que ETA desaparecería pronto, pues pensaba erróneamente que eso conllevaría una amnistía por la que su hijo saldría enseguida de la cárcel. Una vez me comentó muy enfadado que los dirigentes de la izquierda *abertzale* vivían estupendamente mientras su hijo, carne de cañón, se pudría en la cárcel porque lo habían embaucado siendo un adolescente huérfano de madre y con un padre a menudo ausente por ser camionero. También se quejaba de que la cárcel estaba muy lejos, en Andalucía, y que él y su hija no podían ir a visitarlo a menudo. Años después leí en el periódico que había sido por fin trasladado a una prisión de Burgos, mucho más cerca de su casa.

Y podría seguir contando más cosas cercanas. He tenido amigos torturados por la policía española o la Guardia Civil y que salieron sin cargos ni acusaciones tras sufrir esos malos tratos. Entre ellos una compañera mía de piso y universidad, novia de un hermano de Yoyes, que también militó en ETA durante el franquismo y fue encarcelado por ello.

Cuando la policía apareció en nuestro piso, lo registraron todo y se llevaron a mi amiga. Acababan de detener a su novio, sin nosotros saberlo, aquel mismo día, poco después de salir de nuestra casa, donde había pasado la noche. Un policía lo reconoció en la estación de tren, cuando volvía a su pueblo; no sabía que ya había cumplido condena en la cárcel y no había vuelto a militar en ETA. Al llegar a Madrid lo primero que hicieron fue propinarle un puñetazo diciéndole: «¡esto por ser hermano de Yoyes!» (quien todavía vivía en Méjico exiliada). Fui yo quien abrió la puerta a los policías cuando tocaron el timbre a la hora de la comida. Me pusieron manos contra la pared, me cachearon y me hicieron un exhaustivo interrogatorio, tras el cual decidieron que no me detenían, pero que lo harían si salía de allí antes de dos horas, de lo que se enterarían enseguida porque iba a quedarse uno de ellos de guardia junto al portal. En el piso no teníamos teléfono y los móviles no existían. Me senté a la mesa con la comida fría. Fui incapaz de ingerir nada. Estuve muy tranquilo durante el registro, pero mi nerviosismo creció al quedarme solo. Una hora después apareció Eva Forest en nuestro piso²⁰, acompañada de otra persona. Me hicieron unas cuantas preguntas, registraron la habitación de la detenida y desaparecieron. Después de tener a mi amiga y su novio varios días incomunicados, torturándolos, los soltaron sin cargos. El relato de las torturas se publicó en la prensa de la izquierda *abertzale*. Mi amiga también me habló del tema sin dar demasiados detalles. Una versión muy ficcionada de esta historia se cuenta también en esta novela.

La persona que acompañaba a Eva Forest cuando aparecieron en nuestro piso era una hermana de Yoyes, también militante de ETA durante la dictadura, quien quedó sorda de un oído por las torturas de la policía franquista. Un primo mío, hijo del secuestrado Luis de Abaitua (el mismo que fue condiscípulo universitario de Joseba Sarrionandia), me dijo hace pocos años que coincidió con ella en un autobús y que hablaron mucho durante el viaje (ya se ve que el País Vasco es un lugar muy pequeño donde han ocurrido demasiadas cosas terribles). Ahora es psicóloga. Parece que mi primo me nombró en la conversación y ella le dijo que me conocía y que me diera recuerdos de su parte. En ningún momento le contó que era hermana de Yoyes y exmilitante de ETA durante la dictadura. Mi primo se quedó muy sorprendido cuando le hice saber con quién había estado hablando (como hijo de secuestrado por banda terrorista vasca, cualquiera que hubiera militado en una de sus organizaciones le ponía los pelos de punta, claro). Dijo que era una mujer muy simpática y amable. Yo la vi en la televisión tras el asesinato de su hermana, y dijo que ETA había sido una organización necesaria para luchar contra una dictadura de corte fascista y represora de la cultura vasca, pero que se había convertido con los años en un monstruo que devoraba a sus hijos. A ella y a sus hermanos los conocí en un piso de estudiantes anterior al que nos registró la policía. En alguna ocasión también pasó por allí el marido de Yoyes. Llegué incluso a dormir en la casa de sus padres una vez que los hermanos de Yoyes me invitaron a unas fiestas de su pueblo, Ordizia. Se empeñaron en llevarme porque decían que yo estudiaba y leía demasiado y que también había que divertirse en esta vida. Cuando pocos años después ETA militar asesinó a su antigua dirigente, el horror se hizo ya insoportable. No sabía todavía cuánto más faltaba por suceder. Como ya he dicho antes, narré casi como una terapia personal el asesinato de Yoyes, en su pueblo, delante de su hijo, un niño en su más tierna infancia, y lo incluí en mi primera novela.

²⁰ Además de conocida escritora feminista antifranquista, acusada de participar en un atentado terrorista de ETA, y esposa del autor teatral Alfonso Sastre, era madre de un condiscípulo mío de universidad, también escritor de literatura en euskera y colaborador asiduo en la primera época de nuestra revista literaria *Susa*.

Yoyes había comenzado a alejarse de la lucha armada durante la transición democrática. La ley de amnistía de octubre de 1977 anuló todas las causas judiciales contra ella. Era alguien que había dejado la banda terrorista de forma unilateral, algo imperdonable entonces. Yo oí a algún dirigente de la izquierda *abertzale* sentenciar en un programa de la televisión vasca (ETB) que a un general desertor y traidor se le fusilaba inevitablemente. Tenían mucho miedo a una desertión generalizada. Éste fue un argumento que oímos frecuentemente a los militantes de la izquierda *abertzale* por aquel entonces.

Una buena parte de esta novela también habla de la historia de mi familia durante la guerra civil en Vitoria, sobre todo del asesinato a manos de los franquistas de mi abuelo materno José Luis de Abaitua, padre del secuestrado Luis de Abaitua citado más arriba. Mi abuelo fue asesinado de un tiro en la nuca (en un monte cercano a la capital alavesa), y su hijo estuvo a punto de morir de igual manera (recordemos que así fue asesinado, al año siguiente del secuestro, su amigo y compañero Luis Hergueta). Podría contar muchos más acontecimientos cercanos a mi experiencia vital. Mejor narrarlos por medio de la ficción.

Todas las vicisitudes que viven los protagonistas de esta novela están basadas en hechos reales más o menos ficcionados. Algunos me tocaron muy de cerca, como acabo de contar, y aunque otros no son tan de mi entorno próximo, me impactaron profundamente cuando ocurrieron. Hubiera preferido no tener que escribir de estos sucesos tan dolorosos, pero hay que dejar constancia de la memoria histórica también desde la literatura e intentar completar el gran relato de lo ocurrido desde la narración de los sucesos singulares que nos tocaron sufrir a muchos en aquellos años tan terribles. Repito que no soy ningún caso raro. Hay muchísimas más víctimas directas o indirectas de lo que la gente cree. Y siguen sufriendo por lo ocurrido. Nunca dejarán de hacerlo. Incluso hay victimarios que sufren por los atentados que cometieron. Todas las bandas terroristas citadas ya no existen, pero la sociedad vasca sigue estando muy dividida. El enfrentamiento no se manifiesta demasiado en la convivencia diaria, pero sigue estando latente, bastante irreconciliable por desgracia.

MIKEL HERNÁNDEZ ABAITUA è nato a Vitoria-Gasteiz, Paese Basco, nel 1959. Con una laurea e un dottorato in Filologia Basca, ha insegnato Lingua e Letteratura Basca nelle scuole superiori dal 1983 al 2019. Ha pubblicato i volumi di racconti *Panpinen erreinua* (*Il regno delle bambole*, 1983), *Ispiluak* (*Specchi*, 1985), *Bazko arrautzak* (*Uova di Pasqua*, 1995), *Ahotsak* (*Voci*, 1996) e i romanzi *Etorriko haiz nirekin?* (*¿Verrai con me?*, 1991), *Ohe bat ozeanoaren erdian* (*Un letto in mezzo all'oceano*, 2001) e *Airearen isla* (*Il riflesso dell'aria*, 2016). *Ohe bat ozeanoaren erdian* è una narrazione che si svolge negli ultimi anni del XX secolo, giusto prima dell'euro. Il protagonista, docente universitario, abbandona il Paese Basco, esasperato dal clima di tensione e dal recente divorzio dalla moglie, e si dirige in auto verso l'Italia, concretamente Bologna, dove spera di rifarsi una vita. Nel corso del viaggio, anche per confermare i motivi della sua scelta, rievoca episodi della Guerra Civile, della dittatura franchista e dell'epoca democratica (i primi due decenni, gli "anni di piombo") ambientati quasi tutti a Vitoria e all'interno della sua famiglia. Ragiona anche su alcuni noti scrittori baschi, sulle lingue senza Stato come l'*euskera*, sui sanguinosi attentati dell'ETA, sulle torture della polizia. Alternati ai suoi ricordi, altre voci raccontano frammenti delle stesse vicende da altri punti di vista e il quadro generale è una diagnosi precisa: il radicalismo soffoca ogni possibile dialogo e il cammino violento non porta all'indipendenza, ma all'autodistruzione. E non c'è nessuna giustificazione ideologica per il dolore delle vittime di entrambi i terrorismi (nonostante la fondatezza delle rivendicazioni e la brutalità della repressione). Per la traduzione in spagnolo del suo romanzo del 2001 (ancora non pubblicata), l'autore ha scritto questo prologo, ricchissimo di episodi pubblici e privati e di spunti di riflessione. Lo anticipiamo volentieri, perché riteniamo sia una testimonianza di grande interesse per comprendere il conflitto basco e il suo impatto sulla vita culturale e letteraria di Euskal Herria.

Danilo Manera